

Concurso de Escritura de Cuentos “Juventudes y Derechos Humanos”

Cuentos Ganadores
2022



Un proyecto de:



Con el apoyo de:



▪ **Primer Lugar: “CLARA Y EL HIELO”**

Autor: Luhelys Villamil

Aunque faltaban horas para el amanecer, Clara ya estaba despierta. Caminaba tan rápido como podía, iluminando el camino con una linterna para esquivar rocas y charcos de lodo. Llevaba auestas una mochila con un recipiente que contenía hielo, y rogaba que el día no fuera caluroso, para que el hielo se derritiera más despacio y durara hasta su retorno.

Caminó durante casi dos horas, hasta que por fin llegó a la carretera. Al llegar se colocó una mascarilla que le cubría la nariz y la boca, también sacó un trapo húmedo de la mochila, y retiró como pudo el lodo en sus zapatos. Otras personas, vecinos y conocidos, también se encontraban ahí, esperando la “chiva” que pasaba cada media hora.

—¿Y para dónde vas por ahí, Clarita? —preguntó la vecina unos segundos después.

—Voy al seguro. —respondió Clara. — A buscarle la insulina a mi abuela.

—¿Y llevas hielo? Acuérdate que eso no se puede calentar, porque se daña.

Clara asintió firmemente, y la vecina le dio una palmadita en el hombro, satisfecha. La chiva finalmente llegó y todos se subieron, ella eligió un puesto en la ventana. Observó el camino repleto de casitas, que se desdibujaban rápidamente y parecían manchas de colores en la lejanía, y así, se embelesó en la vista hasta que llegó a su destino.

Eran las siete de la mañana cuando llegó al seguro. Estaba atiborrado de personas, todos con papeles rosados en las manos, esperando a que saliera la enfermera a recolectarlos. Clara tomó una papeleta y apuntó los datos de su abuela, los medicamentos que tomaba y las dosis que necesitaba. Esperó junto al resto a la enfermera, quien 15 minutos más tarde salió y recolectó las papeletas. Con voz severa anunció:

—Váyanse a casa y regresen a las 1 p.m. o mañana, ya que el sistema tarda bastante.

Clara no tenía la opción de irse y volver más tarde o mañana: el dinero escaseaba y en sus bolsillos tenía lo justo para un galón de queroseno y el pasaje de vuelta. Y necesitaba el queroseno, porque con él funcionaba la antigua neverita de su abuela, donde guardaba la tan preciada insulina. Así

que, a pesar del hambre y el cansancio, Clara esperó, estuvo allí varias horas, siempre pensando en el hielo, en que ojalá no se derritiera. Cuando por fin oyó mencionar el nombre de su abuela, ella se dirigió con rapidez a la puerta, en donde la farmacéutica sostenía una caja de pastillas para la presión.

—No hay insulina. —informó la mujer, extendiendo la caja de pastillas y un papelito verde. — Pero con este número puede ir a retirarla a otra sucursal. O aquí cuando ya tengamos.

Clara no estaba sorprendida de oír aquello, pero sí un poco decepcionada.

—¿Y cuándo tendrán aquí? —inquirió, la otra clínica del seguro quedaba demasiado lejos, no era una opción.

—Vengase la otra semana, como el jueves. Y recuerde traer hielo. —dijo la farmacéutica. Clara le dio las gracias, sabiendo que, si retornaba el próximo jueves, era probable que aún no tuviesen insulina.

Después de aquello Clara fue por la botella de queroseno a la ferretería, y poco después emprendió el camino de regreso al rancho.

Ya en el rancho, le contó a su abuela lo sucedido. Su abuela la abrazó y le dijo:

—Tranquila Clara, me haré un té de hoja de noni para pasar la semana.

Clara asintió, no porque estuviese más tranquila, sino porque la solución del problema se escapaba de sus manos.

Sin más que hacer desempacó su mochila y abrió el cooler: todavía tenía hielo.

▪ Segundo Lugar: “CAMINO A LA LIBERTAD”

Autor: Carlos Elías Castillo De Gracia

El tren seguía su rumbo fijo, las vías se abrían paso entre un gran campo. Y en uno de sus vagones, mirando a lo lejos desde uno de los ventanales, estaba aquel hombre que conociendo su destino permanecía tranquilo como si de un paseo se tratase. Sentía la brisa recorrer su rostro y el último rayo de sol sobar su mejilla. Aun cuando sus manos y piernas se encontraban atadas, este sonreía ante ese momento rebosante de vida. Los otros hombres que le acompañaban lo miraban con curiosidad, no entendían como alguien destinado a aquello podría estar tan tranquilo y sonriendo sin más.

-Si sabes que mañana ya no estarás entre los vivos ¿no? –Soltó uno de los hombres del vagón con voz rasposa y tono melancólico- no es necesario fingir tranquilidad si lo que quieres es llorar.

El primer hombre, aquel que sonreía, cerró sus ojos e inhaló profundamente antes de responder en tono firme y tranquilo:

-No temo a morir. Sé que no es un fin. Al menos no del todo, sé que mañana no estaré con los vivos. Pero mi lucha no habrá muerto conmigo.

Los demás, incluso aquellos que al inicio no prestaban demasiada atención, se giraron atentos a lo que decía el hombre sonriente.

- ¿De qué luchas hablas, muchacho? –indagó un anciano que se encontraba al final del vagón. Todos tenían la mirada fija en el hombre, esperando su respuesta. Este se tomó un momento antes de continuar su relato.

-Verán mis estimados, fui puesto en detención y bajo arresto por defender algo que a mucho no les es fácil de escuchar. –Abrió los ojos algo húmedos y volteó la mirada hacia los demás- La Verdad. Resulta ser que los grandes señores del reino no resisten oír que les

digán que el poder no está en ellos sino en su pueblo. Le temen a la verdad de saber que sin nosotros ellos no serían ellos. Muchos se creen grandes y poderosos por su posición social, pero lo cierto es que cualquier niño bien preparado puede ocupar mejor su lugar y dar provecho de sus privilegios para un bien mayor. Son demasiado egoístas y no piensan en nadie más que en sí mismos. Pero se olvidan de que todo tiene un límite y ese límite es fácil de cruzar. –Giró su mirada nuevamente hacia la ventana en dirección a los prados verdes- Acepto mi destino porque sé que con él he marcado el de muchos de aquellos que me escucharon en la plaza hablar. Sé que es necesaria mi muerte para dar vida a los sueños y esperanza de los demás.

Los hombres guardaron profundo silencio y meditaban lo que habían escuchado.

-Pero ¿De qué sirve morir sin antes tener certeza de un cambio? –soltó otro hombre algo regordete de cabello largo y andrajoso vestir.

-El cambio se dio, en el momento en el que decidí hablar sin más, aun cuando el miedo me invadió y cuando me mandaron a encadenar. Lo vi en la mirada de los pequeños y en la indignación de los mayores. Se alzó un rugir en su interior que aun con sus bocas cerradas se escuchó retumbar por todo el lugar. Ellos lo saben también, ya no nos vamos a callar. Si habla uno, solo es cuestión de tiempo para que todos puedan levantar su voz.

El hombre volvió a sonreír, mientras el tren avanzaba y la noche caía, una lágrima rozó su mejilla y a lo lejos la voz de un pueblo entero se alzaba y rugía.

▪ **Tercer Lugar: “EL DIARIO DE MALIK”**

Autor: Franklin López

Muchos años después del incidente, Malik todavía recordaba los gritos desesperados de sus compañeros pidiendo ayuda; el agua salada ardiéndole en los ojos que solo veían naranja por doquier; un olor inconfundible a sangre y la sensación de estar a punto de morir.

Momentos antes de que todo se desatara, Malik y alrededor de cincuenta niños y muchachos de 8 años en adelante, abordaban ansiosamente lanchas de pesca. Estas serían dirigidas por tres líderes de una organización que Malik pronto olvidó y los llevarían a un mejor destino para sus vidas. Se encontraba sentado junto a ellos con una bolsa vieja, amarillenta. Dentro de ella, junto a emparedados envueltos en servilletas, estaba su diario. Era lo único que le quedaba de su familia, la cual llegó a conocer muy poco antes de quedar a merced de, posiblemente, todos los orfanatos del país.

Malik observó las olas con recelo. El pequeño bote se mecía violentamente y Jaime, el líder del equipo, mantenía el ceño fruncido. Les preguntaba, gritando, a los demás capitanes si todo iba de acuerdo con el plan. Aunque recibía respuestas positivas, reinaba un ambiente de tensión que los amenazantes nubarrones a la distancia no aligeraban. Malik se aferró con fuerza a su bolsa. Desafortunadamente, solo bastó con que Jaime se levantara para mirar detrás, perdiera el equilibrio y cayera en las alborotadas aguas grises para que el caos estallara. Los chicos de las primeras filas se abalanzaron hacia el borde de la lancha y extendieron sus brazos hacia él. Como consecuencia, el bote se estremeció aún más y no solo ellos cayeron al agua, sino que el desbalance terminó por tirarlos a todos por la borda.

Malik recordó lo heladas que estaban las olas al entrar en contacto con ellas. Apenas había podido ver a sus compañeros entre la lluvia; solo los escuchó pidiendo ayuda y nadando inútilmente, como si olvidaran que contaban con salvavidas. Recordó colgarse la bolsa al cuello y asegurarse que nada se saliera. Algunos gritaron de dolor y, de inmediato, Jaime les anunció una terrorífica noticia. Habían caído en un área repleta de aguamalas.

Rápidamente, los muchachos se apartaron como podían de aquellos que habían sido picados. Se estaban empujando entre sí moviéndose de un lado a otro con las olas. Malik les pedía que se calmaran y tranquilizaran, pero no sirvió de nada. La histeria los había enloquecido. En medio del ajetreo, sintió un hormigueo insoportable en la pierna y finalmente un pinchazo que lo hizo chillar de dolor. La vista se le nubló y sin más ni menos, perdió el conocimiento sintiendo que el mundo se estaba acabando.

Cuando volvió a despertar se vio acostado en una cama que le pareció muy suave, una luz amarillenta iluminando el cuarto. Sintió una leve molestia en la pantorrilla y se dio cuenta que la tenía vendada. Pocos segundos después, una enfermera apareció a su lado y mostró sorpresa al verlo despierto. Fue entonces cuando las crudas imágenes de lo vivido regresaron a su mente. Cerró los ojos con fuerza, mientras reprimía lágrimas y escuchaba lo que la señora le decía. Tenía un acento raro, pero hablaba claramente su idioma con un tono amable y sincero.

—Te vas a recuperar pronto. Es un milagro que estés vivo, al igual que la mayoría de los demás. Temo

decirte que algunos no lo lograron... pero lo bueno es que estás bien ahora.

—¿Estoy en...?

—Sí, así es. Cruzaron el estrecho. Un grupo de pescadores los vieron y llamaron a los rescatistas.

Malik no sabía cómo reaccionar ante tanta información y desesperado, sintió la necesidad de escribir en su diario. Le faltó el aire al pensar que probablemente su bolsa estaría en el fondo del mar en esos momentos.

—Cuando me trajeron aquí, ¿no llevaba una bolsa conmigo?

La enfermera pensó por unos segundos y alzó las cejas. Se acercó a unas cajas que estaban en el piso y para alivio de Malik, extrajo la bolsa húmeda. El aire le regresó.

—¿Te refieres a esto?

Malik no reparó en su mirada de lástima y le pidió una pluma. Sacó su diario, lo abrió en una página en blanco, tiesa por el agua, y empezó a escribir lo sucedido. De su mano, brotaron párrafos y más párrafos relatando cada detalle que desearía haber olvidado. No solo estaba reviviendo la pesadilla de nuevo, sino que sentía una furia que jamás había sentido anteriormente. ¿Por qué a ellos les tenía que pasar esto? ¿Por qué no había otra manera más sencilla y segura de garantizar su futuro? De seguro, alguien con mucho poder o influencia tendría la manera de facilitar su situación...

Cuando terminó de escribir, sus pensamientos fluyeron con más tranquilidad y se pudo relajar. Dejó a un lado su diario y se durmió profundamente. Lo único que pudo hacer la enfermera fue observarlo, llena de curiosidad.

Horas más tarde, cuando le dieron el almuerzo, unos oficiales vinieron a visitarlo. Le dijeron que como en pocos días cumpliría la mayoría de edad, según la ficha que habían obtenido de él, no podría ser aceptado dentro del centro de jóvenes refugiados. Le dieron unos números de contacto que le servirían de ayuda, pero él había dejado de escucharlos. Pensó que nuevamente, se había quedado sin un hogar; solo que, en esta ocasión, no tendría un orfanato al que ir.

Sin embargo, las malas noticias se acabaron ahí. El último día que Malik estuvo en el hospital, despertó en medio de la noche escuchando unos lloriqueos leves pero muy perceptibles para sus oídos. Descubrió a la enfermera leyendo su diario y tapándose la boca mientras lloraba. Cuando vio a Malik, lo cerró en seguida y se secó con un pañuelo.

—Qué pena, discúlpame. Te vi escribiendo el otro día y no pude evitar leerlo. Y bueno, estoy sin palabras...

¡Nadie de tu edad merece vivir por lo que has pasado!

Malik no supo que contestar y se miró las manos, con ganas de llorar también. Entonces, la enfermera dijo unas palabras que se le grabaron en el corazón para siempre.

—Me enteré de tu situación y pensé en mi hijo. Tiene tu edad y creo que se llevarían muy bien. Si deseas, te puedes quedar a vivir con nosotros.